

Prólogo

«Trata a tus soldados como a tus niños y te seguirán hasta los valles más profundos; considéralos tus queridos hijos y permanecerán contigo hasta la muerte.»
Sun Tzu, *El arte de la guerra*

Londres, 1837

Las luces se mantenían tenues en la oscura y anticuada casa de Wellclose Square. Los criados se deslizaban como espectros silenciosos con la mirada baja mientras se movían por los pasillos, en los que flotaba el olor rancio a linimento, a alcanfor... y a lo que podría ser la muerte inminente.

En el piso superior, en la enorme alcoba de la señora, el fuego que se mantenía encendido desde septiembre hasta junio se había vuelto a prender para la noche, y por fin se había despedido al grupo de molestos visitantes, familiares con ojos llorosos, sacerdotes sombríos y médicos que no hacían más que parlotear, con una cortante regañina.

Ella yacía en la cama, como un adorno de cristal en una caja llena de algodón, perdida en el inmenso lecho medieval que había visto pasar de este mundo al otro a siete generaciones de su familia. El acabado de nogal de la cama se había vuelto negro con el tiempo, tan negro como había sido el cabello de la mujer en otra época. Sin embargo, la edad no había disminuido su nariz ganchuda, el brillo de sus ojos ni su carácter indómito, para consternación de su familia.

Con una mano aferraba un rosario de azabache contra el corazón, por encima del caro camisón de seda bordado a mano, y sopeaba las esperanzas de su dinastía. Ella era vieja, llevaba siendo vieja treinta años... o tal vez había nacido siendo una anciana, como lo eran tantas personas de su especie. Pero sabía que no debía dejarse nada en el tintero. Irse sin tomar decisiones. Nunca había eludido sus deberes.

Aun así, a pesar de que había sabido con el corazón de un guerrero y la mente de un tendero lo que al final había que hacer, lo había estado posponiendo durante casi una década.

Oh, todavía no era su hora; estaba casi segura... a pesar de tener ochenta y ocho años y a pesar de la desesperanza de los médicos, que desfilaban todos los días ante lo que creían que era su lecho de muerte.

Aunque tal vez tuvieran razón. Puede que ella, sólo puede, estuviera equivocada.

No obstante, haber admitido esa posibilidad... ah, que lo más probable era que Sofia Josephina Castelli fuera a exhalar su último aliento...

—¡Maria! —exclamó con aspereza, tendiendo una mano—. Llévate el rosario y tráeme a la niña.

—*Sì, signora*. —Su compañera se levantó y le crujieron un poco las rodillas—. ¿Qué niña?

—¿Qué niña? —repitió la anciana con incredulidad—. La niña. La única. Y tráeme *i tarocchi*. Sólo una vez más. Quiero... quiero estar segura de lo que voy a hacer.

Años antes, Maria la habría reprendido y tal vez le habría recordado la desaprobación de su familia. Pero Maria también se estaba haciendo mayor y se sentía cansada de luchar contra la anciana. Además, Maria era una Vittorio, una prima cercana, y sabía lo que era de esperar. Comprendía, tal vez mejor que nadie, que había que hacer planes. Que había promesas que cumplir. Y que se debía pagar la deuda que se le debía al propio linaje.

Maria se acercó al tirador y envió a un sirviente a que cumpliera las órdenes de la señora. Después se dirigió al robusto armario para sacar el cofrecito de ébano de la *signora*, que tenía bisagras y estaba ribeteado con cobre martillado tan antiguo que se había desgastado hasta el punto de quedarse liso.

Lo llevó a la cama, pero la anciana le hizo un gesto con la mano para que se apartara.

—Purifícame las cartas, Maria —le pidió—. Sólo esta vez, *sì?*

—Por supuesto, *signora*.

Sumisamente, Maria se dirigió al pequeño baúl que había junto a la cama. Extrajo un ramo de hierbas secas de cada una de las cuatro urnas de porcelana, los echó en un cuenco de latón poco profundo y les prendió fuego con una vela. Sacó un mazo de cartas del cofrecito y lo pasó cuatro veces por el humo blanco, invocando los elementos del viento, el agua, la tierra y el fuego para que guiaran su mano.

—*Bene*, Maria, *bene* —dijo la anciana con voz ronca cuando terminó—. *Molte grazie*.

Maria dejó las cartas sobre la colcha, a su lado. Pero en ese instante la puerta se abrió de golpe e irrumpió en el dormitorio una muchacha morena de largas piernas con una bata almidonada.

—*Nonna, nonna!* —exclamó, arrojándose contra la cama—. ¡Me dijeron que no podía subir!

—Pero estás aquí, Anaïs, ¿no?

Le puso una mano en la cabeza pero miró más allá de la chiquilla, hacia la mujer vestida de gris que permanecía en el umbral de la puerta, agarrándose las manos con aire vacilante.

La institutriz bajó la mirada y se inclinó, con una leve reverencia.

—Buenas noches, signora Castelli. Signora Vittorio.

—*Buona sera*, señorita Adams —dijo la anciana—. Me gustaría quedarme a solas con mi bisnieta. ¿Nos excusa?

—Sí, por supuesto, pero yo...

La gobernanta miró las cartas con desaprobación.

—¿Nos excusa? —repitió la mujer, en esa ocasión con una arrogancia acerada que contradecía su frágil cuerpo.

—Sí, señora.

La puerta se cerró rápidamente.

Maria había regresado a la mesa auxiliar y estaba recogiendo el contenido de la bandeja de plata en la que habían llevado la cena de la anciana, y que había dejado intacta, consistente en consomé y natillas. Muy seria, la muchacha había clavado los codos en la cama, inclinándose hacia su bisabuela y con la barbilla apoyada en una mano con gesto pensativo.

—Vamos, *cara mia*, súbete. —La *signora* pasó los dedos por la maraña salvaje de rizos negros—. Como hacías cuando eras una *bambina, sì?*

La carita de la joven se contrajo en una mueca.

—Pero Papa ha dicho que no debía molestarte. Que no te encontrabas bien.

La anciana se rió, aunque fue más bien un jadeo áspero.

—Vamos, *cara*, no me vas a hacer daño. ¿Eso es lo que te han dicho? Venga, acurrúcate contra mí y estudiemos *i tarocchi* juntas. Maria nos ha traído una bandeja, ¿ves?

Un momento después estaban recostadas contra las almohadas; la anciana se había incorporado un poco con ayuda de Maria. Sólo su mano izquierda, apretada con fuerza por el dolor, delataba cuánto le había costado hacer ese movimiento.

Sentada al borde de la cama con las largas piernas recogidas bajo su cuerpo, la muchacha cogió el mazo de cartas, lo cortó y lo barajó una y otra vez como si fuera una pequeña tramposa.

La anciana volvió a reírse con dificultad.

—Basta, basta, Anaïs —dijo por fin—. No las gastes, porque algún día las necesitarás. Ahora, *a sinistra*. Tres montones. Como siempre.

La chica separó las cartas en tres montones sobre la bandeja de plata, corriéndolos cada vez hacia la izquierda.

—Ya está, *nonna* Sofia —dijo—. ¿Me vas a leer el futuro?

—Tu futuro es dichoso —insistió, cogiendo la barbilla de la muchacha entre el pulgar y el índice—. *Sì*, te lo leeré, niña. Y las cartas dirán lo que siempre dicen.

—Pero nunca me has contado lo que dicen —protestó la muchacha, sacando un poco el labio inferior con un mohín—. Sólo hablas para ti, *nonna*. Y yo no puedo entenderte.

—Eso también se arreglará —afirmó la anciana—. La prima Maria empezará mañana a trabajar en tu italiano. Sólo toscano correcto, Maria, no ese revoltijo que se oye en los muelles.

—Como desee, *signora*. —Maria inclinó la cabeza—. Por supuesto.

—Pero la señorita Adams dice que una dama sólo necesita el francés —dijo Anaïs, volviendo a juntar las cartas sistemáticamente sin que se lo pidieran.

— Ah, ¿y qué sabrá del mundo una criatura tan pusilánime, Anaïs? — murmuró la anciana, observando cómo movía sus manitas—. Nada. Nada de tu mundo, me atrevería a decir. La vida que tú vas a tener, *cara mia*, está por encima de su comprensión de mortal.

— ¿Qué es comprensión de mortal?

La niña frunció el ceño.

Con mano temblorosa, su bisabuela le colocó un ligero rizo negro detrás de la oreja.

— *Non importa* — contestó —. Vamos, *cara*, echa las cartas. Ya sabes cómo se hace, *sì*?

La chica asintió solemnemente y empezó a colocar las cartas en la bandeja de plata, formando primero un gran círculo y después cruzándolo por el centro con siete cartas.

— Acerca una silla, Maria — le ordenó con firmeza —. Querrás ser testigo de esto.

Cuando las patas de la silla golpearon las tablas del suelo, la anciana le dio la vuelta a la primera de las cartas que cruzaban el círculo.

Maria se dejó caer en la silla con un pequeño gemido y cerró los ojos.

— Debería ser Armand — susurró mientras se santiguaba —. ¡Son gemelos, *signora*! Éste debería ser su destino.

La mujer la miró con malicia, entrecerrando los ojos.

— Debería ser, *sì* — repitió —. Pero no lo es. Aquí está, Maria, lo ves tan claro como yo. Y lo has visto antes, una y otra vez. Nunca cambia. *La regina di spade*. Siempre en la fila de siete que cruza.

— La reina de espadas — tradujo la muchacha, y alargó una mano para tocar con cuidado la carta, que representaba a una mujer vestida de rojo con una corona dorada y una espada con la empuñadura de oro en la mano derecha —. Entonces, ¿yo soy la reina, *nonna*?

— *Sì, cara mia*. — Consiguió sonreír débilmente —. Una reina de justicia y honor.

— Pero es una chica. — Maria había empezado a retorcer entre las manos su pañuelo de encaje.

— La reina suele serlo — replicó la anciana secamente —. En lo que se refiere a Armand, está destinado a otras cosas. A ser bello. A hacernos ricos.

— Ya somos ricos — contestó Maria con algo de amargura.

—A hacernos más ricos —se corrigió la anciana.
—¿Yo no soy bella, *nonna*? —preguntó la niña con tristeza.
La anciana negó con la cabeza, restregando sus largos mechones de pelo blanco contra la funda de la almohada.
—*Non, cara*, no lo eres. Eres algo completamente diferente.
El labio inferior de la chica sobresalió un poco.
—*Nonna*, ¿nadie querrá casarse conmigo? —le preguntó—. Nellie le dijo en susurros a Nate que tú podrías decírmelo. La oí.
—Bah, Nellie es una fregona tonta.
Maria hizo un gesto desdeñoso con la mano.
—*Sì*, Nellie es una *imbecille* —se mostró de acuerdo la anciana—. Y Nathaniel debería dejar de flirtear. Pero sí, niña. Te casarás. Te casarás con un toscano bueno y fuerte. Lo he visto muchas veces.
—¿Cómo? No conozco a ningún chico en la Toscana.
—Ah, pero lo conocerás —dijo su bisabuela, y le dio la vuelta a la siguiente carta—. Mira, está esperando. A ti, Anaïs, solamente a ti. Un príncipe de paz con una capa escarlata, *le re di dischi*.
—El rey de oros —dijo Maria en voz baja.
—*Sì*, un hombre con fuerza interior que tiene el futuro en sus manos. —La anciana dirigió sus ojos negros a la chica—. Aquí, ¿lo ves? Tu príncipe ha trascendido lo místico y es sereno y poderoso. Estás destinada a ser su compañera. Su pareja.
La niña arrugó el rostro.
—No lo entiendo, *nonna*.
—No, no —murmuró—. Pero ten paciencia, niña. Ya lo entenderás.
Sin explicarle nada más, giró lentamente la siguiente carta y empezó a hablar con voz algo más ausente.
—Ah, Catulo. —Su voz había perdido la calidez—. La carta de la victoria ha ganado. Elegirás tus batallas con cuidado, Anaïs, y llevarás con orgullo tus heridas sangrantes.
Maria apartó la mirada de golpe.
—*Dio mio!* —susurró.
La anciana la ignoró y siguió volviendo las cartas.
—*Dischi* —dijo—. El seis de oros. Tienes mucho trabajo por delante, *cara*. Mucho que aprender. Muchos cambios que hacer. Debes estar moldeada antes de atravesar las puertas blancas que te conducirán a tu siguiente vida.

—Pero ese hombre es un herrero —dijo la joven—. ¿Ves? Está golpeando un yunque.

—Sì, y parece que está convirtiendo su reja de arado en una espada —intervino Maria amargamente—. ¡Vamos, Sofia, piensa en lo que estás haciendo! Ésa no es vida para una dama... para una dama inglesa.

La anciana miró a su prima con ojos brillantes.

—¿Acaso tengo elección, Maria? —preguntó con brusquedad—. Ya has visto muchas veces las cartas de la niña. Dios le ha asignado una tarea importante. Algo a lo que está destinada. Gira la siguiente, Anaïs.

La muchacha le dio la vuelta y apareció la figura de un ángel cargando discos dorados en una gran caja.

—*Dischi* —murmuró su bisabuela—. ¿Y la siguiente?

La joven también la giró. Maria tenía el pañuelo completamente retorcido.

—El guerrero Venturio —dijo la anciana con rotundidad—. Ah, Anaïs, has empezado un largo viaje.

—Pero *nonna*, ¿adónde voy? —preguntó la chica, mirando las cartas con cautela—. ¿Vendrás conmigo?

Durante un instante, la anciana no dijo nada, con el corazón desgarrado por el remordimiento.

—No, Maria irá contigo, niña —contestó, y se recostó en su nube de almohadones de plumas—. Yo no puedo. Que Dios me perdone.

Maria la estaba fulminando con la mirada desde su silla, junto a la cama.

—*Nonna* —susurró la niña—, ¿te estás muriendo?

—No, no, *bella*. Todavía me quedan algunos años, a menos que Dios cambie de idea. —Dejó escapar el aire con un estremecimiento—. Pero creo que, por ahora, no deberíamos volver más cartas.

—No, no es necesario —dijo Maria—. Ya lo has decidido.

—No, prima, el Destino lo ha decidido. —La anciana cerró los ojos y dejó caer las manos sobre la colcha, flácidas—. Y mañana, Maria, escribirás a Giovanni Vittorio. Es mi pariente y me debe esto. Le contarás lo que se ha decidido. Qué niño se entregará. Prométemelo.

Se hizo un silencio incómodo.

—Muy bien —dijo finalmente Maria—. Pero bajo tu responsabilidad.

—Sì —respondió tristemente—. Bajo mi responsabilidad.

Capítulo 1

«Solamente el dirigente iluminado y el general sabio sabrán emplear la mejor inteligencia en el ejército para propósitos de espionaje.»

Sun Tzu, *El arte de la guerra*

*E*ra noche cerrada en Wapping. En el silencio, unas espirales de niebla se recortaban contra el cielo, enrollándose como si fueran lánquidos felinos alrededor de los mástiles desnudos de los barcos fondeados en el muelle de Londres. A pesar de la hora, el rítmico sonido de la marea acercándose y alejándose era inconfundible, lamiendo el barro y la grava de la orilla.

En el dique, lord Bessett aplastó la colilla de un puro con el tacón de la bota y se subió el cuello del abrigo para defenderse del viento, intenso y fétido, que surgía del Támesis. El gesto consiguió cortar el viento, pero poco hizo por mitigar el hedor a podrido y a aguas residuales.

Gracias a Dios, era una noche fresca.

La marea volvió a golpear, más violentamente esa vez, dejando ver por un momento el último escalón, cubierto de resbaladizas algas verdes. Justo en ese instante, el agudo oído de Bessett captó un sonido. Levantó la mirada y echó un vistazo al muelle. No había nada. Nada excepto unos faroles lejanos en los barcos, unas manchas amarillas neblinosas oscilando casi imperceptiblemente con la marea, y algún ocasional aluvión de risa estridente arrastrado por el viento.

Entonces, silencioso como una tumba, un barquero emergió de la oscuridad, moviéndose con rapidez hacia el borde del río hasta que el

casco de la embarcación retumbó ligeramente al encallar. Un dedo huesudo y tembloroso señaló hacia las escaleras. El pasajero, un hombre tremendamente corpulento con un abrigo largo y oscuro, apareció por completo, lanzó unas cuantas monedas brillantes al aire y saltó, cayendo sobre el último escalón con un ruido sordo.

El barquero regresó a la penumbra, tan silencioso como había llegado, y parecía considerarse afortunado de poder escapar de allí.

Con todos sus sentidos alerta, Bessett se inclinó hacia el dique y tendió una mano mientras el visitante subía hacia la luz amarillenta del farol. El desconocido aceptó la mano y, al llegar al camino pavimentado, dejó escapar un gruñido de cansancio.

No era un hombre joven, entonces.

Esa suposición resultó ser acertada cuando el hombre giró el rostro hacia el farol que colgaba del balcón de Prospect, a la ribera del río. Su cara estaba curtida y envejecida, tenía ojos pequeños y de mirada dura y una nariz que colgaba del rostro como si fuera una salchicha bulbosa. Para completar esa imagen, una cicatriz se extendía desde la barbilla hacia arriba, atravesándole la boca, de manera que el labio inferior había quedado horriblemente retorcido.

El pánico del barquero era comprensible.

—Hace bueno esta noche, ¿no es así? —dijo Bessett.

—*Oui*, pero he oído que está lloviendo en Marsella.

Tenía una voz ronca y un acento muy marcado, definitivamente francés.

La tensión de Bessett disminuyó, aunque no desapareció por completo. La frase era correcta, sí. Sin embargo, todavía podía haber problemas, y nunca había confiado totalmente en los franceses.

—Soy Bessett —dijo—. Bienvenido a Londres.

El hombre le puso una mano sobre el hombro derecho.

—Que tu brazo, hermano, sea como la mano derecha de Dios —dijo en un latín perfecto—. Y que todos tus días estén dedicados a la *Fraternitas*, y a Su servicio.

—Al igual que los tuyos —contestó Bessett en el mismo idioma.

Como no presentía ninguna hostilidad, Bessett sacó la mano izquierda del bolsillo, soltando la empuñadura de la daga que había cogido instintivamente.

—Así que usted es DuPont. Su reputación, señor, lo precede.

— Mi reputación se forjó hace mucho tiempo — respondió el francés—. En una época más joven.

— ¿Su viaje ha transcurrido sin incidentes?

— *Oui*, una travesía rápida y fácil. — Se inclinó hacia él—. Me han hablado mucho del refugio que tiene aquí. Incluso nosotros, los franceses, admiramos sus esfuerzos.

— Más que un refugio, ha sido un buen trato, DuPont. — Bessett lo condujo por el estrecho callejón que unía Pelican Stairs con Wapping High Street—. Nos dedicamos en cuerpo y alma a recuperar la secta. Vivimos prácticamente expuestos, haciéndonos pasar por una especie de sociedad intelectual.

El visitante resopló con galo desdén.

— *Bonne chance, mon frère* — dijo y, al dar unos pasos, quedó a la luz del farol de gas—. Como sabe, en Francia no somos tan valientes... aunque tenemos una buena razón.

Bessett sonrió levemente.

— Le entiendo, DuPont. Me pregunto si la revuelta política en Francia terminará alguna vez.

El francés elevó un grueso hombro.

— *Non*. Al menos, yo no lo veré — respondió sin alterar la voz—. Y todos los esfuerzos que hagan en Londres no serán suficientes para cambiar eso.

— Sí. Desafortunadamente, puede que tenga razón — dijo Bessett—. En cuanto al refugio, al que llamamos Sociedad de Saint James, cualquier hermano de la *Fraternitas Aureae Crucis* que pase por Inglaterra será acogido para que se aloje con nosotros, aunque no apoye la unificación.

— *Merci*, pero no voy a quedarme mucho tiempo. — El francés encogió los hombros con algo de inquietud—. Y ahora, mi nuevo hermano de la *Fraternitas*, ¿caminamos? ¿Tiene un carruaje?

Bessett señaló con la cabeza la taberna que tenían al lado.

— La Sociedad ha venido a usted, DuPont. Nos esperan dentro.

En ese momento, la puerta de Prospect se abrió de golpe y salió un par de chicas vestidas de manera chabacana, riéndose, con un desafortunado joven alférez entre ellas, todos agarrados del brazo. Parecía adinerado, enamorado e increíblemente borracho... la santísima trinidad de las prostitutas.

El francés los observó atentamente y volvió a gruñir con desdén.

—Ah, *mon frère*, la vida es igual en todas las partes del mundo, *non?*

—Sí, con ese par, estará meando con dolor hasta el Día de Todos los Santos —murmuró Bessett—. Vamos, DuPont. En Prospect el brandy es pasable, y junto a la chimenea se está bien.

En el interior, la taberna era un hervidero. A todas las mesas, arañadas y deterioradas, se sentaban hombres de los astilleros. Las criadas de la taberna los sorteaban entre el frufrú de las faldas, llevando con gracia en lo alto bandejas y jarras de cerveza. Hombres empleados en las barcasas, carpinteros de barcos, marineros de todas las nacionalidades e incluso, a veces, algún magnate naval, todos terminaban en Prospect, donde se podía tomar una comida caliente y una pinta bien tirada en un animado ambiente de camaradería.

Bessett se abrió paso entre la muchedumbre con DuPont pegado a sus talones y atravesó la zona del bar para entrar en una sala más tranquila, donde las mesas estaban dispuestas a lo largo de una fila de ventanas paneladas con vistas al muelle.

Sus tres colegas se levantaron a la vez y le estrecharon la mano a DuPont para darle la bienvenida. Pero Bessett los conocía bien, podía ver la tensión en cada movimiento de sus músculos y percibir, en un sentido normal, humano, la desconfianza que cada uno de ellos rezumaba. Aunque DuPont fuera *Fraternitas*, venía como agente de la Confederación gala, una secta hermética.

—Bienvenido a Inglaterra, *monsieur*. —El prior, el reverendo Sutherland, señaló la silla vacía—. Es un placer conocer a uno de nuestros hermanos del otro lado del mar. Mis compañeros, Ruthveyn y Lazonby.

Se volvieron a estrechar las manos y Ruthveyn chasqueó los dedos en dirección a una de las chicas para pedirle que les llevara rápidamente una botella de brandy.

—Bueno, DuPont, mis compatriotas católicos que están en París me han dicho que hay problemas —empezó a decir Sutherland cuando les sirvieron la botella y los vasos—. ¿Es eso lo que lo trae por aquí?

DuPont le dio un sorbo al brandy y su boca marcada por la cicatriz se retorció un poco más al saborearlo. Dejó el vaso de inmediato sobre la mesa.

— *Oui*, una niña ha caído en las manos equivocadas — dijo—. Necesitamos su ayuda.

— ¿Una niña? — Las facciones de Ruthveyn se endurecieron—. ¿Quiere decir un don?

El francés se pasó la mano por la barba, que parecía crecida de un día.

— Eso parece — admitió—. Aunque es muy joven; todavía no ha cumplido los nueve años, las circunstancias son... problemáticas.

— ¿En qué sentido? — Lord Lazonby, un hombre desgarbado y con la espalda muy ancha, se había recostado torpemente en su silla, con las piernas separadas, y hacía girar una y otra vez su vaso sobre la perjudicada mesa de roble—. ¿Los guardianes de París no pueden cumplir con su deber?

DuPont se enfadó.

— Deben recordar que nuestra nación está muy alterada — les espetó—. Nuestro rey ahora vive aquí, en el exilio, e incluso en estos tiempos modernos no podemos evitar que la plebe imponga a *Madame la Guillotine* otra vez. No, lord Lazonby. No siempre podemos cumplir con nuestro deber. De hecho, a menudo tememos por nuestras cabezas.

Ruthveyn plantó sus oscuras manos de dedos largos en la mesa.

— Ya es suficiente — ordenó—. Seamos civilizados. DuPont, cuéntenos qué ha ocurrido. Y hágalo rápidamente. Puede que no tengamos mucho tiempo.

— Sí, muchacho, tú vas a casarte en unos días — dijo Lazonby secamente, indiferente ante la regañina—. Y, después, a casa en Calcuta. Me parece que Bessett y yo podremos adivinar quién se hará cargo de la tarea.

— Precisamente. — La voz de Ruthveyn era tensa—. Y ahora, ¿cómo se llama la niña? ¿Y está usted seguro del don?

— La niña se llama Giselle Moreau. En cuanto a lo otro, estamos lo suficientemente seguros como para temer por ella. El don es muy fuerte en el linaje del padre. Su madre, Charlotte, es inglesa.

— ¿Inglesa? — repitió Ruthveyn con aspereza—. ¿De qué familia procede?

— De aristócratas empobrecidos de cerca de Colchester — dijo el francés—. Lograron reunir suficiente dinero para enviarla al colegio en París y ella se lo agradeció enamorándose de un humilde empleado

de la casa real, un sobrino bastardo del vizconde de Lezennes. Desde entonces, apenas ha tenido contacto con su familia.

—¿La repudiaron?

—*Oui*, eso parece.

—¿Lezennes? —Lord Bessett intercambió una mirada de preocupación con el señor Sutherland—. Yo he oído ese apellido. Suele estar cerca de las intrigas palaciegas, ¿no es así?

DuPont asintió.

—Siempre cerca, *oui*, aunque nunca lo suficiente como para que lo culpen —dijo con amargura—. Nuestro Lezennes es un demonio muy listo. Ha sobrevivido a la caída de Luis Felipe y ahora se ha granjeado la simpatía de los bonapartistas... aunque se rumorea que sólo es un legitimista que desea restaurar el *Ancien Régime*.

—¿Usted qué piensa? —preguntó Bessett.

El francés se encogió de hombros.

—Creo que es una cucaracha, y las cucarachas siempre sobreviven. Sus ideas políticas no me interesan lo más mínimo. Pero ha acogido bajo su protección a esa inglesa para usar a su niña, y eso sí que me importa. Y ahora las ha llevado a Bruselas, donde trabaja como emisario para la corte del rey Leopoldo.

Involuntariamente, Bessett cerró los puños con fuerza.

—De una incertidumbre política a otra —murmuró—. No me gusta cómo suena. Esto es precisamente lo que queríamos evitar, DuPont, con la unificación de la *Fraternitas*.

—Lo entiendo, pero estamos hablando de Francia —contestó DuPont con calma—. Nadie confía en nadie. La *Fraternitas* en París, tal y como aún existimos, es insegura. A Lezennes no se lo conoce precisamente por su carácter benévolo. Si se ha llevado a esa niña, es con un propósito, el suyo propio, y uno malo. Por eso me han enviado aquí. Ustedes deben recuperar a la niña.

—Por supuesto que queremos ayudar —dijo Sutherland—. Pero ¿por qué nosotros?

—Como ya he dicho, la madre es inglesa —respondió DuPont—. Su reina quiere que todos sus súbditos que se encuentran en el extranjero estén protegidos, ¿no es así? Tiene algunos derechos en este asunto, creo.

—Yo... no lo sé —dijo Ruthveyn con tiento.

El francés enarcó una ceja con arrogancia.

—Usted no es un desconocido para nosotros, lord Ruthveyn. Como tampoco lo es su trabajo en Indostán. La reina lo tiene en consideración. Usted cuenta con su favor. El rey de los belgas es su querido sobrino. Usted tiene influencia. ¿De verdad castigaría a la Confederación gala sólo porque nos encerramos en nosotros mismos, cuando lo único que pedimos es que use su influencia para evitar que a nuestro don lo eduque un diablo? ¿Que la utilicen para propósitos perversos?

—Por supuesto que no —contestó Ruthveyn con voz tensa—. Ninguno de nosotros desea eso.

—¿Y qué hay del marido de esa mujer? —preguntó Bessett.

DuPont apretó sus labios deformes durante un instante.

—Moreau está muerto —respondió—. Lo mataron dos semanas antes de que abdicara el rey. Una noche lo llamaron a su despacho cerca del palacio. No estamos seguros de quién lo hizo, pero de alguna manera, las cortinas se incendiaron. Una tragedia terrible. Y nadie cree que fuera un accidente.

Lord Ruthveyn endureció su expresión.

—El muerto... ¿era un guardián?

—*Oui* —respondió en un susurro—. No tenía mucho don, aunque poseía un gran corazón y mucha valentía. Durante todos estos meses lo hemos extrañado mucho en nuestro grupo.

—¿Tenía mucho trato con su tío?

La sonrisa amarga de DuPont se intensificó.

—Apenas se conocían —dijo—, hasta que empezaron a correr por la corte los rumores sobre la habilidad de la pequeña Giselle.

—Santo Dios, ¿la descubrieron? —preguntó Bessett.

El francés suspiró sonoramente.

—¿Cómo dicen ustedes? —murmuró—. ¿Los niños y los locos dicen las verdades? La pequeña Giselle predijo la abdicación de Luis Felipe. Lo dijo de manera muy inocente, pero en público... delante de la mitad de sus cortesanos.

—Oh, cielos. —El señor Sutherland dejó caer la cabeza entre las manos—. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa?

—Se había organizado un picnic para la corte en Grand Parc —relató el francés—. Todos los habitantes de la casa real y su familia estaban invitados. El rey, por supuesto, salió durante unos instantes de

noblesse oblige a saludar a las masas. Desafortunadamente, se topó con madame Moreau y decidió coger de la barbilla a Giselle. La miró directamente a los ojos y ya no dejó de mirarla.

Bessett y Ruthveyn gruñeron al unísono.

—Y aún empeora —dijo DuPont, dispuesto a contarle todo—. Le preguntó por qué tenía una mirada tan triste en un día tan agradable. Al ver que no respondía, bromeó con ella diciéndole que, como rey, le ordenaba que hablara. Así que la pequeña Giselle se lo tomó al pie de la letra y predijo no sólo la caída de la Monarquía de Julio, sino que también profetizó que a su abdicación le seguiría una terrible pérdida... la muerte de su hija, Luisa María.

—Santo Dios, ¿la reina de los belgas?

—Sí, y se rumorea que Luis Felipe también tuvo algo que ver —continuó DuPont—. Deseaba que su hija fuera la reina de Leopoldo y, a cambio, Francia aceptaría la independencia de Bélgica.

—Creía que solamente se trataba de un rumor —apuntó Ruthveyn.

—Tal vez. —El francés abrió ambas manos en un expresivo gesto—. Pero el ejército francés se retiró, apartaron a un lado a la esposa morganática de Leopoldo y Luisa María se acomodó en el trono de Bélgica. Sin embargo, ahora se dice que la reina cada día está más débil.

—La predicción de la niña se está haciendo realidad —murmuró Bessett.

—Se rumorea que es tisis —dijo DuPont—. Es posible que la reina no llegue a finales de año, y la amante del rey ya está ejerciendo algo de influencia.

Un terror frío se estaba apoderando de Bessett. Aquello era lo que más temían los guardianes de la *Fraternitas*: que los vates más débiles, una antigua secta de adivinos, fueran explotados, y la mayoría eran mujeres y niños.

A lo largo de la historia, los hombres perversos habían intentado controlar el don en su propio beneficio. De hecho, era la razón principal por la que la organización seguía existiendo. Aunque la *Fraternitas Aureae Crucis* había tenido un comienzo misterioso y druídico, con el paso de los siglos se había ido convirtiendo en una milicia casi monástica, dedicada a proteger a los suyos. Pero la modernidad había ido borrando sus límites... y su estructura. Esa niña, ese don, corría un gran peligro.

Parecía que DuPont le hubiera leído la mente.

—Hay mil cosas peligrosas que podría hacer Lezennes, *mon frère*, para conseguir poder e influencia —dijo con un tono de voz aún más bajo—. Conspirar con los antiguos borbones, avivar las llamas de una revolución en el continente, tal vez incluso romper la amistad entre Inglaterra y Leopoldo... ¡Ah, la imaginación no tiene límites! Y todo será mucho más fácil si puede adivinar el futuro... o que una inocente confiada lo haga por él.

—Usted cree que mató a su sobrino.

El terror frío como el hielo se le había endurecido a Bessett en la boca del estómago, hasta convertirse más bien en una furia glacial.

—Sé que lo hizo —contestó el francés con seriedad—. Quería apoderarse de Giselle. Ahora ella vive bajo su techo, viviendo de su caridad. Nuestro hombre de Róterdam ha enviado a sus espías, por supuesto, pero ninguno está dentro todavía. Lezennes se está ganando la confianza de la niña, todo depende de ello.

—¿Están trabajando con Van de Velde? —preguntó Sutherland—. Es un veterano.

—De total confianza —se mostró de acuerdo el francés—. Y, según sus espías, parece que Lezennes está cortejando a la esposa de su sobrino.

—Por Dios, ¿piensa casarse con la viuda inglesa? —dijo Ruthveyn—. Pero... ¿qué hay de la afinidad y la ley canónica? ¿Qué dice su Iglesia sobre eso?

De nuevo, el galo se encogió de hombros.

—A Lezennes no le preocupa la opinión de la Iglesia. Además, Moreau era ilegítimo. ¿Qué documento no puede quemarse o falsificarse? ¿Quién sabe la verdad sobre su nacimiento? Tal vez ni siquiera su mujer.

—Cada vez peor —dijo Sutherland. El prior suspiró y paseó la mirada por la mesa—. ¿Caballeros? ¿Qué proponen?

—Raptar a la chiquilla y acabar con esto —sugirió lord Lazonby, siguiendo con la mirada el contoneo de las caderas de una de las taberneras—. Traerla a Inglaterra... con el permiso de la reina, por supuesto.

—Muy apropiado... pero tremendamente insensato —dijo Ruthveyn—. Además, la reina no puede aprobar una infracción tan evidente de la diplomacia. Ni siquiera por uno de los vates.

—Eso no importará si no nos cogen, ¿no es así, viejo amigo? —Pero Lazonby habló con tono ausente, con la mirada fija en algún punto cerca de la puerta principal. De repente, apartó su silla—. Excúsenme, caballeros. Me temo que debo dejarlos.

—Santo Dios, hombre. —Bessett le dirigió a su amigo una mirada sombría—. Esa niña importa mucho más que el balanceo del trasero de una tabernera... por muy atractivo que sea, debo admitirlo.

Sentado al extremo de la mesa, Lazonby le puso una mano a Bessett en el hombro y se inclinó hacia él.

—En realidad, creo que me han seguido hasta aquí —dijo discretamente—. Y no ha sido una golfa bien dispuesta. Contáis con mi representante. Ahora, será mejor que aleje al sabueso de vuestro rastro.

Sin más, Lazonby salió de la sala y desapareció entre el mar de mesas atestadas.

—¿Qué demonios...?

Bessett miró a Ruthveyn, que estaba al otro lado de la mesa.

—Maldita sea. —Ruthveyn sólo miraba por el rabillo del ojo—. No te des la vuelta. Es ese tipo infernal del periódico.

Incluso el señor Sutherland maldijo entre dientes.

—¿El del *Chronicle*? —preguntó Bessett en voz baja y con incredulidad—. ¿Cómo ha podido saber de DuPont?

—No sabe nada, me atrevería a decir. —Con los ojos brillantes por el enfado, Ruthveyn miró deliberadamente hacia otro lado—. Pero, para mi gusto, se ha vuelto demasiado curioso sobre la Sociedad de Saint James.

—Y demasiado curioso sobre Rance —se quejó Bessett—. En cuanto a Rance, a menudo me pregunto si no ha empezado a cogerle el gusto a este juegucito. ¿Qué debemos hacer?

—Por esta vez, nada —dijo Ruthveyn—. Rance se ha interesado por un juego de dados junto a la chimenea y se ha sentado a una de las mozas en las rodillas. Coldwater todavía está interrogando al tabernero. No nos ha visto.

—Confiemos en que Rance se encargue de él y se asegure de que no nos ve —sugirió Sutherland—. Volviendo al problema que nos ocupa... DuPont, díganos exactamente qué quiere que hagamos.

El francés entornó los ojos.

—Envíen a un guardián a Bruselas para que vaya a buscar a la

niña. Lezennes no les conoce a ninguno de ustedes. Nos hemos tomado la libertad de alquilar una casa, no lejos del palacio real..., muy cerca de Lezennes, y hemos hecho correr el rumor de que una familia inglesa llegará pronto para habitarla. Incluso se ha elegido a los sirvientes, criados de confianza de nuestras propias casas en Róterdam y en París.

—Y después, ¿qué? —preguntó Bessett—. Dejando a un lado la sugerencia de Lazonby, no podemos arrebatarle la niña a su madre. Ni siquiera nosotros somos tan desalmados.

—*Non, non*, convezan a la madre. —La voz del francés sonó, de repente, tan suave como la seda—. Gánense su amistad. Recuérdenle Inglaterra y la vida feliz que podría llevar aquí. Sugieranle que, si es posible, se reconcilie con su familia. Y, si todo lo demás falla, si Lezennes la tiene en un puño, secuéstrenlas a las dos.

—¿Secuestrarlas? —repitió Sutherland.

DuPont se inclinó sobre la mesa.

—Mi clíper privado va de camino a Ramsgate, equipado con una tripulación de hombres fuertes y de confianza. Los llevará a Ostende en el mayor de los secretos y esperará su huida.

—Eso es una locura —dijo Bessett—. Además, si Lezennes pretende casarse con la mujer y es tan conspirador como usted dice, no dejará que ninguno de nosotros trabemos amistad con ella.

—No uno de ustedes —contestó el francés con cansancio—. ¿Su esposa, tal vez? Alguien que pueda...

—Ninguno de nosotros está casado —lo interrumpió Bessett—. Bueno, Ruthveyn lo estará en breve, pero se marcha.

—Entonces, una hermana. Una madre. —DuPont agitó la mano con desdeñosa impaciencia—. *Mon Dieu*, ¿qué más da? Una mujer que se gane su confianza, eso es lo único que necesitamos.

—Es completamente imposible —dijo Ruthveyn—. La hermana de Bessett es prácticamente una niña. La mía apenas pasa por inglesa y tiene dos niños pequeños. Lazonby es un soldado, no tiene la sutileza necesaria para llevar a cabo esta misión. Solamente recurrimos a él cuando tenemos que someter a alguien.

—¿Y si contratamos a una actriz? —sugirió Sutherland—. O quizás a Maggie Sloane. Es una... bueno, una mujer de negocios, ¿no es así?

Bessett y Ruthveyn intercambiaron una mirada.

—Estamos confiando en un cura que sugiere contratar a una persona con ambición —dijo Bessett secamente—. Pero es cierto que a veces Maggie tiene un punto teatral.

—Sí, cada vez que Quatermaine se acuesta con ella, sin duda —intervino Ruthveyn con sarcasmo.

—Maldición, Adrian, eso es muy frío. —Bessett sonrió levemente—. Ni siquiera Ned Quatermaine merece eso, aunque nos haya puesto un antro de juegos de azar en la misma puerta. Y no nos prestaría a Maggie. Pero sí, alguien como Maggie... ¿sería tan difícil?

—¡Ah, *tant mieux!* —DuPont, que parecía aliviado, metió una de sus enormes manos en un bolsillo interior del abrigo y sacó un montón de papeles doblados—. Aquí está toda la información que necesitarán, *mon frères*. La dirección de la casa. La lista de los criados. Detalles de la historia que nos hemos inventado. Informes completos de Lezennes y madame Moreau. Incluso dibujos.

Bessett tomó los papeles y empezó a hojearlos. Ruthveyn y Sutherland miraban por encima de su hombro. Estaba detallado minuciosamente, debía concederles ese mérito a los guardianes de París.

—¿El arte y la arquitectura de Bélgica? —murmuró, leyendo en voz alta—. ¿Se supone que ése es el propósito de su hombre inglés al visitar Bruselas?

El francés se encogió de hombros.

—¿Acaso no son aficionados a eso muchos ingleses? La política habría sido algo demasiado complicado... e inquietante. ¿Un hombre de negocios? Bah, demasiado convencional para Lezennes. *Alors*, ¿qué podría haber más inofensivo que un aristócrata rico y aburrido que viene para echar un vistazo y hacer algunos dibujos, eh?

—Parece una tarea hecha para ti, amigo. —Ruthveyn miró a Bessett con algo parecido a una sonrisa—. Bessett es nuestro arquitecto, DuPont. De hecho, ha viajado por toda Italia, Francia y el norte de África haciendo dibujos... en realidad, construyéndolos.

Sutherland se estaba frotando la barbilla.

—Parece que este encargo te va a caer a ti, Geoff —murmuró el prior—. Cuando nos hayamos leído todo esto, lo someteremos a votación.

—Tú tienes que preparar una ceremonia de iniciación —le recordó Ruthveyn—. Pásamelo a mí; yo lo leeré esta noche.

Con sentimientos encontrados, Bessett echó hacia atrás su silla. Aunque no conocía bien Bruselas, se preguntaba si no le vendría bien pasar algo de tiempo fuera de Londres. Últimamente se había sentido invadido por una sensación de inquietud y, con frecuencia, por la nostalgia de su antigua vocación. Por su antigua vida, en realidad.

Había habido una época, no hacía tanto tiempo, antes de que la muerte de su hermano lo echara todo a perder, en la que se había visto obligado a ganarse la vida. Ahora trabajaba muy poco, viviendo de sus tierras y de los frutos amargos del trabajo de otros. A pesar de que conocía la *Fraternitas* desde que era un muchacho, había aprendido su propósito y sus principios, literalmente, en las rodillas de su abuela, no se había entregado por completo a sus nobles objetivos hasta el trágico fallecimiento de Alvin.

¿Era posible que se hubiera convertido en un aristócrata rico y aburrido?

Dios santo. Era demasiado repugnante como para pensarlo.

Pero fuera lo que fuera lo que lo agobiaba, Sutherland le estaba ofreciendo una vía de escape durante algún tiempo. Esa misión en Bruselas era, quizás, una forma de hacer el bien para la *Fraternitas*, para la Sociedad, mientras escapaba de las cadenas del lord Bessett en que se había convertido durante una temporada. Una oportunidad para volver a ser, brevemente, el simple Geoff Archard.

Ruthveyn había sacado su reloj de oro.

—Lo siento, caballeros, pero debo dejarlos —dijo—. Lady Anisha me está esperando para cenar.

—Y no debemos hacer esperar a tu hermana. —Bessett puso las palmas de las manos sobre la mesa con rotundidad—. Muy bien, DuPont, ya tenemos sus instrucciones. Si tenemos alguna pregunta, enviaremos a un hombre a París usando la misma contraseña que hemos empleado esta noche.

—Les pediría que no malgastaran el tiempo haciendo eso —les recomendó DuPont—. El *Jolie Marie* permanecerá anclado en el puerto de Ramsgate durante una semana. Los animo a que lo usen cuando lo necesiten.

—¡Ciertamente, ciertamente! —Sutherland sonrió con benevolencia—. Bueno, caballeros, ahora debo marcharme. Pronto iniciare-

mos a un nuevo acólito, monsieur DuPont. Si quiere quedarse un par de días, puedo prestarle una toga.

Sin embargo, el francés negó con la cabeza y se levantó para marcharse.

—*Merci*, pero me voy de inmediato a St. Katherine para reunirme con un amigo, y de allí a Le Havre. —Se volvió y le ofreció de nuevo su enorme mano a Bessett—. *Bon voyage*, lord Bessett —añadió—, *et bonne chance*.

—Gracias —dijo Geoff en voz baja. Entonces, siguiendo un impulso, le puso una mano entre los anchos hombros—. Vamos, DuPont. Las calles de este barrio no son muy seguras. Lo acompañaré a los muelles.

El francés se limitó a ofrecerle otra de sus sonrisas deformes.

—*Très bien, mon frère* —dijo—. ¿No cree que mi aspecto sea suficiente para espantar a los salteadores?

Maria Vittorio atravesaba la zona portuaria, ya de noche, en un enorme carruaje tan pesado que medio batallón podría haberse subido en él. Desgraciadamente, no disponía de medio batallón para que la acompañara en su viaje al inframundo de Londres; sólo de un lacayo y un cochero, ambos casi tan viejos como ella. Pero, como ocurría con los zapatos viejos, se sentían cómodos juntos después de tantos años, y signora Vittorio era bien conocida por desconfiar profundamente de los cambios. Cerca de Nightingale Lane, el carruaje se detuvo bruscamente, con los arneses tintineando. Se oyeron unos cuantos gritos en la calle y después Putnam, el lacayo, bajó lentamente y abrió la puerta de la *signora*.

—Dicen que el *Sarah Jane* está descargando en la parte de Burr Street, señora —dijo con su frágil voz—. Casi hemos llegado a la taberna King George, pero el camino está cortado por carretas y cosas así.

La signora Vittorio se levantó con cansancio del asiento.

—Volved al principio de la calle y esperad. Enviaré a un porteador con el equipaje.

—Sí, señora. —El lacayo se tironeó del flequillo—. ¿Está segura? Es una noche muy fría, y está empezando a haber niebla.

—*Sì, sì, marchaos* —dijo, agitando una mano enguantada—. Mis rodillas no están tan artríticas como las tuyas.

Signora Vittorio sacó sus piernas cortas y rechonchas del carruaje para bajar mientras Putnam la sujetaba del codo. Cuando el vehículo se alejó con estrépito, la mujer se quedó a un lado de la acera, a unos pocos metros de King George, asimilando todo el trajín y los gritos que le llegaban desde el patio bien iluminado.

Cuando pasaba junto a la puerta de la taberna, un hombre bajo y enjuto con un abrigo harapiento de color verde salió de repente y casi la tiró al suelo en la penumbra. Se detuvo un instante y le pidió perdón en tono burlón. Tenía un aliento rancio que apestaba a ginebra.

Signora Vittorio levantó la barbilla y se llevó una mano instintivamente al collar de perlas mientras se alejaba. Pero podía sentir la mirada del hombre sobre ella.

—¿Qué pasa, puta gorda de ojos negros? —le gritó a sus espaldas. La signora Vittorio no miró atrás.

Se abrió paso a través de la masa de personas y de caballos hasta St. Katherine y vio que el *Sarah Jane* estaba, ciertamente, amarrado en la dársena este. Y llevaba un cargamento urgente. A pesar de la hora tardía, se estaban descargando cajones, sacos y barriles a gran velocidad y se amontonaban aquí y allá en los muelles. Los hombres sujetaban de nuevo muchos de esos bultos con cadenas y ganchos y los elevaban hasta meterlos en los modernos almacenes.

La signora Vittorio levantó la barbilla un poco más al verlo. Ella, que había crecido en la exuberante belleza de los viñedos de la Toscana, nunca podría acostumbrarse a los muelles sombríos y llenos de gente, a las tabernas, a los almacenes y a los estibadores. De hecho, bastaba el olor del Támesis para revolverle el estómago.

Algunos días le parecía perverso haber entrado por matrimonio en una familia destinada a ganarse la vida por tierra y por mar, ya que algunos de los cajones, la mayor parte, en realidad, estaban marcados con el símbolo de los Castelli: una gran y elaborada C marcada a fuego en la madera y, sobre ella, una corona de hojas de parra. Pero le bastó una sola mirada a los cajones para saber que aquel cargamento era especial.

Era la última remesa de *Vino Nobile di Montepulciano*, el vino sobre el que se habían construido los cimientos del imperio Castelli.

Y, aunque la compañía se había diversificado en los últimos cuarenta años, el preciado vino al que poetas y dioses habían cantado seguía distribuyéndose a las bodegas internacionales de Castelli directamente desde los muelles de Livorno y transportándose en cajones especiales, sólo en las embarcaciones fletadas por los Castelli.

En ese momento, su joven prima la llamó a gritos entre el bullicio.

—¡Maria! ¡Maria, aquí arriba!

Anaïs estaba en la cubierta, agitando la mano con frenesí.

La signora Vittorio se levantó las faldas y se abrió paso entre el tumulto, sorteando con cuidado los cajones, las grúas y a los pícaros mugrientos que esperaban a que los mandaran a hacer algún recado o la posibilidad de robar, porque la zona portuaria no era conocida precisamente por su ambiente agradable.

Cuando alcanzó a su joven prima, Anaïs estaba en el muelle, junto a un buen montón de baúles, y llevaba una carpeta de cuero bajo un brazo.

—¡Maria! —gritó, rodeándole el cuello con el otro brazo.

La signora Vittorio la besó en ambas mejillas.

—¡Bienvenida a casa, *cara*!

—Gracias por venir a recibirme —dijo Anaïs—. No quería alquilar un carruaje a estas horas de la noche, y tengo demasiado equipaje para ir andando.

—¡Por supuesto! —dijo la signora Vittorio—. ¿Y el *Sarah Jane*? Supongo, *cara*, que no has hecho todo el viaje en barco, ¿verdad? No estás lo suficientemente verde como para haberlo hecho.

—¿No? —Anaïs se rió y la besó de nuevo—. ¿Cómo de verde estoy, entonces?

La *signora* se apartó un poco y la miró.

—Sólo tienes un ligero color gris verdoso, como ese moho que se ve en los árboles.

Anaïs se volvió a reír.

—Es líquen, Maria —dijo, y se llevó una mano al vientre—. Y, en realidad, he venido por Francia, en tren el último tramo. Pero me reuní con el capitán Clarke en Le Havre, porque le juré a Trumbull que iba a ver cómo descargaban esta remesa. Es muy valiosa, ya sabes, y casi está vendida.

—Tu hermano Armand debería hacerse cargo de esto —añadió la

signora Vittorio con amargura—. En lugar de eso, está persiguiendo mujeres en las fiestas de las casas de campo.

Anais se encogió de hombros.

—En cualquier caso, el río no ha estado tan mal, y hay que cruzar el canal de alguna manera —dijo, estirando el cuello para mirar a su alrededor—. Además, no he vomitado desde Gravesend.

—No hables tan crudamente, *cara* —la reprendió suavemente la *signora*—. ¿Qué diría tu madre? Catherine es una dama elegante. ¿Y qué llevas ahí, debajo del brazo?

Anais sacó la carpeta.

—Papeleo para Trumbull de la oficina de Livorno —dijo—. Cartas, facturas de amarraje, cuentas vencidas de algún viticultor de París en bancarrota. Clarke se limitó a dármele. —Hizo una pausa para mirar a su alrededor—. ¿Dónde está el carruaje? ¿Tienes una llave de la oficina? Quiero dejar esto.

—Tengo una llave, *sì* —contestó la signora Vittorio con vacilación—. Pero Burr Street está bloqueada. Envié al carruaje de vuelta para que cargaran tu equipaje.

—Bueno, iré caminando.

Anais agarró un pequeño baúl de viaje de cuero que había sobre la montaña de baúles y metió la carpeta dentro.

—Pero no sola —dijo la signora Vittorio.

—Eres una boba —contestó Anais, sonriendo—. Muy bien, hazme compañía. Clarke enviará el equipaje mañana a Wellclose Square. ¿Putnam podría coger los bolsos más pequeños?

La signora Vittorio dio unas rápidas órdenes para que los llevaran a su carruaje. Anais todavía tenía en la mano el pequeño baúl cuando dos hombres altos pasaron a su lado charlando, de camino al *Sarah Jane*.

Anais se dio la vuelta, siguiéndolos con la mirada.

—Dios mío, es el francés más feo que he visto en mi vida —susurró.

—*Sì* —dijo la *signora* secamente—, pero el otro... el alto... ah, *che bell'uomo!*

—¿De verdad? —Anais se giró, pero solamente pudo verles las espaldas—. No lo he visto bien.

—Pues es una pena —dijo la *signora* en voz baja—, porque yo sí que lo he visto—. Y soy vieja, *cara*, pero no estoy muerta.

Anais se rió.

— Ah, pero he aprendido la lección, Maria, ¿no es así? Esa lección que se aprende tan a menudo sobre los hombres atractivos y galantes. Ya no me molesto en mirar.

Al oírla, Maria se puso seria. La alegría desapareció de sus ojos. Anaïs volvió a reírse.

— Oh, Maria, no —le rogó—. Giovanni se avergonzaría de ver esas caras largas si aún estuviera vivo. Vamos, démonos prisa. Quiero llegar a casa.

Maria volvió a sonreír. Agarradas del brazo y cotorreando como urracas, echaron a andar con paso sorprendentemente rápido, sorteando los cajones y barriles que quedaban. Salieron a la parte posterior del lodazal de St. Katherine y se internaron en las calles del este de Londres.

Ambas conocían esa zona, aunque raras veces habían ido allí de noche. Aun así, cuando el ajeteo de los muelles se fue desvaneciendo y la oscuridad se asentó sobre ellas, ninguna se preocupó. La niebla no había conseguido ocultar toda la luz de la luna y Maria sabía que Anaïs nunca iba al East End sin estar preparada... ni al West End, a decir verdad.

Pronto entraron en la calle estrecha que llevaba a la entrada de los Castelli. Pero apenas habían caminado otra docena de pasos cuando oyeron que alguien corría apresuradamente detrás de ellas. En un instante, todo se volvió borroso. Con un ruidoso ¡uf! Maria se lanzó hacia un lado y se golpeó tan fuerte contra la puerta más cercana que la campanilla sonó.

— ¡Chúpate esa, puta arrogante!

Con rapidez, el hombre alargó una mano hacia la anciana.

— ¡Oh, no, no vas a hacerlo!

Anaïs echó hacia atrás el baúl para tomar impulso y golpeó al hombre en un lado de la cabeza.

Tambaleándose, el asaltante maldijo y echó a correr, metiéndose por un oscuro callejón cuesta arriba.

— ¡Mis perlas! — Maria se llevó una mano al cuello—. ¡Las perlas de Sofia!

Pero Anaïs ya había salido corriendo, arrojando a un lado el baúl.

— ¡Detente, ladrón! — gritó, corriendo tan rápido que apenas fue consciente del segundo par de pisadas que se acercaba en la distancia.

Alcanzó al hombre en una docena de zancadas, lo agarró por el cuello de la ropa y lo arrojó contra el escaparate de la tienda de un fabricante de velas para barcos. Él peleaba con dureza, pero ella lo hacía con inteligencia, haciendo un buen uso de los codos y de su altura. En un instante, lo tuvo con la cara apretada contra la tienda, y sacó un estilete del forro de la manga.

—Tira las perlas —le dijo con determinación.

—¡Lárgate, maldita amazona! —dijo el hombre, revolviéndose.

Anais apretó la hoja del estilete contra su garganta y lo sintió estremecerse.

—Tira las perlas —repitió—. O haré que te desangres.

En la penumbra, sintió más que vio que abría una mano. El collar cayó al suelo y dos o tres perlas se escaparon cuando golpeó la acera.

—Dime tu nombre, perro cobarde —dijo ella con los labios apretados contra la oreja del hombre.

—No es asunto tuyo, ése es mi nombre.

Se revolvió otra vez y ella levantó una rodilla, golpeándolo donde más dolía.

El hombre gritó y consiguió girarse un poco. Hizo un movimiento con una de las manos y ella oyó el suave clic de una navaja al abrirse. La hoja brilló a la luz de la luna cuando él la levantó.

A Anais sólo le llevó un segundo agarrarlo con más fuerza y se armó de valor para soportar el ataque. Pero la hoja no llegó a encontrar carne. Un brazo largo surgió de la oscuridad, agarró la muñeca del hombre y se la retorció hasta arrancarle un grito.

Sorprendida, lo soltó un poco. La navaja repiqueteó al caer al suelo. El villano consiguió liberarse completamente y salió huyendo en la oscuridad.

—*Maledizione!* —exclamó ella, viendo como se marchaba.

—¿Está ilesa, señora?

Una profunda voz masculina surgió a su derecha.

Anais se dio la vuelta rápidamente, todavía con el estilete en la mano. Se distinguía una figura alta y esbelta en la oscuridad, apenas una sombra que levantó las dos manos.

—Sólo estaba intentando ayudar —le dijo.

—¡Maldición! —dijo ella, enfadada consigo misma y con él.

El hombre dejó caer las manos. La noche se había vuelto comple-

tamente silenciosa. Entonces sintió que su ira amainaba y que sus sentidos comenzaban a regresar a la normalidad.

—Gracias —añadió—, pero lo tenía.

—Lo que usted tenía, casi, era un puñalada en el muslo —la corrigió con calma. Ella vio que miraba el destello de su estilete—. Por otra parte, parece estar bien preparada.

—Una puñalada en el muslo, una puñalada en la garganta —dijo con frialdad—. ¿Quién cree usted que habría sobrevivido para contarlo?

—Hmm —dijo él—. Entonces, ¿lo habría atacado?

Anais inspiró profundamente. Aunque no podía distinguir su cara, podía sentir sus movimientos, su presencia... y el cálido e intenso aroma a tabaco y a colonia cara le decían quién era. Un hombre adinerado, del tipo que rara vez se veía recorriendo esas calles infames y serpenteantes. Y era alto, más alto que ella... lo cual era toda una hazaña.

—No, no lo habría atacado —contestó por fin—. No a menos que hubiera tenido que hacerlo.

—Y, ahora —dijo el hombre con calma—, ya no tiene que hacerlo.

Ella se dio cuenta de que tenía razón. No la había salvado del peligro; la había salvado de sí misma. Tenía falta de sueño, estaba exhausta de llevar varios días viajando y todavía sentía náuseas de la travesía. Ni su juicio ni su intuición estaban en su mejor momento.

—Gracias —dijo, un poco humillada.

Por encima de ellos, en una vivienda, alguien abrió una ventana y sacó un farol. Aun así, la débil luz apenas llegó hasta donde estaban. Sin embargo, fue suficiente, aparentemente, para que él se agachara, recogiera las perlas de su bisabuela y se las pusiera en la mano.

—Gracias, señor —repitió, sintiendo la calidez y el peso de las perlas en la palma de la mano—. Ha sido muy valiente.

Pero el hombre no dijo nada más. En lugar de eso, todavía envuelto en la penumbra, se quitó el sombrero alto, hizo una elegante reverencia y se internó en la oscuridad a grandes zancadas.